

Invitación al deseo de un mundo sin iglesias, alias, variaciones sobre el relativismo

Tomás Ibáñez¹

Resumen

En este ensayo discuto la presencia de “*la forma Iglesia*” por debajo de instituciones tan dispares como puedan serlo la Iglesia, un Gobierno o la propia Universidad. Para ello discuro acerca de la *amenaza* del Relativismo y de los juegos de la verdad, vinculados en espiral con las relaciones de poder para convertirlas en relaciones de dominación. Como el título lo señala, el deseo de un mundo sin Iglesias no significa finalmente otra cosa que el deseo de un mundo donde las relaciones de poder no se transmitan necesariamente en relaciones de dominación. Así me pregunto, pues el sentido de la realidad obliga, ¿qué relación guardan estas observaciones con nuestra Psicología Social? Esto nos conduce, tarde o temprano, pero inevitablemente, a preguntarnos también por el conocimiento, y a plantear como mínimo tres interrogantes: ¿qué es lo que queremos conocer? (*¿conocer qué?*); ¿cómo conseguir conocer? (*¿cómo conocer?*); ¿para qué queremos conocer? (*¿para qué conocer?*). Concluyo dejando sobre la mesa la invitación al deseo de un mundo sin la forma Iglesia con la esperanza que esta invitación encuentre eco en alguna sensibilidad afín, y es que nunca se podrá construir ese mundo más que desde fuera de la forma Iglesia, es decir, sin engendrar nuevas Iglesias en el proceso mismo de luchar contra ellas.

Palabras clave: Psicología Social, relativismo, construccionismo, conocimiento, verdad

1 Universidad Autónoma de Barcelona, Departamento de Psicología Social.

Abstract

INVITATION TO DESIRE A WORLD WITHOUT CHURCHES, ALIAS, VARIATIONS ABOUT THE RELATIVISM

In this paper I discuss the presence of "the Church form" that underlies in dissimilar institutions as the Church, a Government or the selfsame University. Therefore, I argue about the relativism threat and the truth games, linked in spiral with the power relations to turn them into domination relations. As it is indicated in the title, the desire of a world without Churches finally does not mean another thing that the desire of a world where the power relations are not transmitted necessarily as domination relations. Then I ask myself, because the sense of the reality obliges, what is the relationship between these observations and our Social Psychology? These leads to us, sooner or later, but inevitably, also to ask ourselves about the knowledge, and to formulate at least three questions: what is what we want to know? (¿to know what?); how to accomplish to know? (how to know?); so that we want to know? (so that to know?). I conclude with the invitation to desire a world without the Church form hoping that this invitation finds echo in a compatible sensitivity, and taking in account that these world would be constructed only outside the Church, that is to say, without generating new Churches in the selfsame process to fight against them.

Key words: *Social Psychology, relativism, constructionism, knowledge, truth*

Algunas de las personas que por ventura supieran de mis escritos, claro, podrían estar pensando en este preciso momento que, de tanto cuestionar la existencia de la realidad, he acabado por perder, nada menos que el propio sentido de la realidad. Porque, claro, un mínimo sentido de la realidad debería haberme incitado a elegir un título más acorde con las exigencias de un Simposium dedicado explícitamente a la Psicología Social. En suma, "ejecute usted tantas variaciones como quiera sobre el relativismo, pero hágalo, por favor, en el foro apropiado, porque si nos hemos congregado aquí es para hablar de otra cosa, es para hablar de Psicología Social."

De hecho, "Variaciones sobre el relativismo" no era, en absoluto, el título que prefería, me gustaba mucho más otro título que —quizás porque aún conservo algún sentido de la realidad— no me atrevía a poner. Sin embargo, después de la feroz diatriba lanzada contra el Relativismo por el cardenal Ratzinger en la homilía que pronunció horas

antes de convertirse en Benedicto XVI, siento ahora el irresistible impulso de rescatar el título que no me atreví a poner entonces. Rectifico, esta intervención no se titula “Variaciones sobre el relativismo”, se titula: “Invitación al deseo de un mundo sin Iglesias.”

Invitación al deseo de un mundo sin Iglesias... no me estoy refiriendo, claro está, a unas edificaciones que pueden parecernos más o menos bellas, ni tampoco a ese fondo de religiosidad que impregna el imaginario de tantos seres humanos, sino a la institución eclesiástica, y, más allá, de la institución eclesiástica, me estoy refiriendo a ese “*aire de familia*” que nos permite adivinar la presencia de “*la forma Iglesia*” por debajo de instituciones tan dispares como puedan serlo la Iglesia apostólica y romana, o el actual Gobierno de los Estados Unidos, o incluso, por momentos, la propia Universidad.

En unos tiempos donde arrecian los fundamentalismos, puede resultar extraño preguntarse *¿cómo sería un mundo sin Iglesias?* No tengo, por supuesto, ninguna seguridad al respecto, pero, muy probablemente, sería un mundo en el cual no se prodigarían con tanta frecuencia, y con tanta virulencia, las proclamas antirelativistas, y, desde luego, sería un mundo donde no se promulgarían encíclicas como la que Juan Pablo II dio a conocer hace algunos años bajo el esplendoroso nombre de “*Veritatis Splendor*”, y que ha rubricado en la homilía, a la que antes me refería, el cardenal Ratzinger, quizás para dejar bien claro quien era el auténtico autor apócrifo de la famosa encíclica papal. Pero, cuidado, que nadie piense, por ejemplo, en el Sida, o en las Guerras Preventivas del señor Bush, o en el Hambre, o en el Liberalismo Salvaje, por favor, *que nadie se confunda*, el mayor peligro que amenaza hoy a nuestro mundo no viste esos colores, sino que toma la forma diabólica del Relativismo.

Provieniendo de la Iglesia, esa profunda animadversión hacia el Relativismo no es nada sorprendente, aunque sólo sea porque las Iglesias producen dogmas, porque para ser aceptados los dogmas se sustentan en el esplendor de la Verdad, y porque resulta que si algo no se deja deslumbrar fácilmente por ese esplendor, es, precisamente, el Relativismo. Pero, cuando esa misma animadversión proviene de otros ámbitos, supuestamente secularizados, como por ejemplo, la Academia, la cosa ya resulta más sorprendente..., salvo que la forma

Iglesia desborde ampliamente la propia Iglesia. De hecho, el Relativismo no puede apartar la sospecha de que, sea cual sea el ámbito en el que éstos se desplieguen, lo propio de *los juegos de la verdad* consiste en abrazarse en espiral con las relaciones de poder para convertirlas en relaciones de dominación. Al fin y al cabo, bien pudiera ser que el deseo de un mundo sin Iglesias no sea finalmente otra cosa que el deseo de un mundo donde las relaciones de poder no se transmiten necesariamente en relaciones de dominación.

Por cierto, a medida que iba hilvanando las palabras de esta intervención, no dejaba de retumbar machaconamente en mi memoria, cada vez con mayor intensidad, una pequeña frase que requería nada menos que la genialidad de Cervantes para condensar en tan poco espacio tanta sabiduría popular: "Media vuelta Sancho, con la Iglesia nos hemos topado..." Quizás, todo lo que pretendo decir aquí está ya escrito en los innumerables implícitos de esa maravillosa frase.

Pero, el sentido de la realidad obliga. ¿Qué relación guardan estas observaciones con nuestra Psicología Social?

Ciertamente, podemos definir la Psicología Social de muchas maneras, pero sea cual sea la definición que nos parezca más acertada, coincidiremos sin duda en que la Psicología Social es una actividad teórico-práctica ligada, según los casos, a la producción, a la reproducción, a la divulgación, y al uso de un saber específico. Preguntarse por la Psicología Social, conduce, tarde o temprano, pero inevitablemente, a preguntarse también por el conocimiento, y a plantear como mínimo tres interrogantes.

En primer lugar, psicólogos y psicólogas sociales, ¿qué es lo que queremos conocer? (¿conocer?). Sí, claro, por supuesto, pero, ¿conocer qué? Y se abre inmediatamente toda la problemática del objeto, toda la problemática de la realidad, y toda la problemática de la definición de esa realidad.

En segundo lugar, ¿cómo conseguir conocer? (¿conocer?). Sí, claro, por supuesto, pero, ¿cómo conocer? Y más allá de la estricta y circunscrita reflexión metodológica, se abre de par en par toda la

problemática del conocimiento válido, y toda la problemática del error y de la verdad.

Por fin, ¿para qué queremos conocer? (¿conocer?). Sí, claro, por supuesto, pero ¿*para qué conocer?* Y, nos adentramos directamente en toda la problemática de los fines y, por tanto, en toda la problemática de los valores.

Realidad, Verdad, Valores, tres dominios donde el Relativismo avanza unas propuestas que navegan obstinadamente a contracorriente. Por supuesto, podemos, darles la espalda antes de ni siquiera examinarlas, porque *con la iglesia hemos topado, mi querido Sancho*, o podemos resistirnos a dar media vuelta, aunque sólo sea por el maligno placer de saborear unos mordiscos de la fruta prohibida, y de ceder unos instantes a ese dulce deseo de un mundo sin Iglesias.

Pero sin optamos por lo segundo, si decidimos hacer oídos sordos a las exhortaciones de Ratzinger, de Platón, y de los muy ilustrados apóstoles de cierta ideología de la Razón Científica, entonces deberemos tomar la sabia precaución de diferenciar, por una parte, "*lo que dice el relativismo*", y, por otra parte, "*lo que algunos dicen que dice.*"

Daré un ejemplo. Desde el Relativismo se afirma, efectivamente, que no podemos discriminar entre los valores en base a su grado de fundamentación última, por la sencilla razón de que todos los valores son *estrictamente equivalentes entre sí*, si se les evalúa en función de ese criterio. No hay, por tanto, valores que sean *intrínsecamente* mejores que otros, y desde ese criterio, *pero sólo desde ese criterio*, no se puede establecer ninguna diferencia, pongamos por caso, entre crueldad y la solidaridad. Esto es lo que *dice* el Relativismo, sin embargo, *lo que se dice que dice* el Relativismo es que no cabe optar entre los valores porque ninguno es mejor o peor que otro. Obviamente, quienes defendemos posturas relativistas optamos constantemente entre valores, aunque sólo sea porque optar entre valores forma parte de las condiciones de posibilidad de la propia existencia humana, pero es más, si optamos por ciertos valores en lugar de otros es, precisamente, porque, consideramos que ciertos valores son mejores que otros. La única diferencia con nuestros oponentes absolutistas consiste en que

reivindicamos la plena autoría de nuestros criterios, y consideramos que éstos son de nuestra entera responsabilidad, mientras que los absolutistas nos eximen de toda responsabilidad en la medida misma en que consideran que ciertos valores son *intrínsecamente* mejores que otros, y sólo nos dejan la opción de atenernos a ellos o de infringirlos.

Y, ya que hemos abordado la cuestión de los valores, empezaré por la tercera de las preguntas que planteaba hace un momento: *¿para qué conocer?* No sin subrayar, de paso, que si bien se suele conceder cierta legitimidad académica a las dos primeras preguntas, *¿qué conocer?* y *¿cómo conocer?*, no ocurre lo mismo con la tercera pregunta, o bien se reenvía la respuesta a la esfera de la subjetividad y al ámbito de lo privado, *allá cada cual con sus preferencias íntimas*, o bien se supone de antemano en base a la supuesta evidencia de que el conocimiento constituye *un fin en sí mismo*.

Bien, ¿para qué elaborar conocimiento en el ámbito de la Psicología Social? Una respuesta, que suele disgustar a la inmaculada dignidad de la ciencia, es, simplemente: a cambio de las contrapartidas materiales e inmateriales, que produce esa actividad, es decir, gratificaciones crematísticas, por una parte, y simbólicas, por otra parte, un sueldo, cierto prestigio, y algún reconocimiento, dulces caricias para nuestro ego, pero también, no lo olvidemos, cosecha de algunas migajas de poder académico. Otras respuestas podrían ser, porque esa actividad nos procura cierto placer, o porque nos permite satisfacer nuestra curiosidad. Todas ellas me parecen plenamente legítimas. Lo que ya me parece mucho más discutible, es la respuesta clásica en términos de “conocer por conocer”, la ciencia por la ciencia, el conocimiento y su incremento como valores en sí mismos. Conocer “*Ad Maiorem Gloria Scientia*”, curiosa concepción cuando emana de una institución que pretende representar la secularización por excelencia.

¿Para qué conocer? La respuesta canónica es tajante: “*para incrementar el corpus de los conocimientos disponibles...*” Se supone al parecer que eso es bueno, y puede que lo sea, no lo discuto, pero que se me diga entonces, *¿bueno para qué?* Porque, claro, si se me dice que es bueno en sí mismo no entenderé, qué puede querer decir “*bueno en sí mismo*.”

El propio Platón, uno de los grandes responsables de que hayamos antepuesto la búsqueda del conocimiento a otras actividades, como por ejemplo, la preocupación por la felicidad, o los anhelos de justicia, o la pregunta por la ética, no tenía más remedio que justificar el desmesurado privilegio que concedía a la voluntad de saber, presentándola como el medio para acceder, también, al bien y a la belleza. “*Para conocer más*” no es la respuesta adecuada a la pregunta “*¿para qué conocer?*”, porque sólo retarda de un paso la necesidad de aportar respuesta a la pregunta: “*¿y para qué conocer más?*”

El conocimiento no es un fin, es un medio, y si es un medio, la pregunta “*¿para alcanzar qué fines?*” es irrenunciable. A partir de aquí sólo podemos acudir a nuestros valores para justificar los esfuerzos que desplegamos en la elaboración de conocimientos psicosociales. Para unos pueden ser mejorar las relaciones entre las personas, y entre los grupos, o, reducir los conflictos, o ayudar a los demás, o mitigar la crueldad, o pautar y controlar la conductas sociales, o ejercer un dominio sobre las situaciones sociales, o dirigir e influenciar a los demás... lo que ustedes quieran, pero ninguno de los valores que sustentan estas finalidades es mejor que otro “*per se*”, todos son equivalentes en cuanto a su grado de fundamentación, y lo único que podemos ofrecer son nuestros argumentos para justificar porqué tal o cual finalidad nos parece más deseable.

Mi apuesta es peculiar, “*¿para qué conocer?*” Pues, por ejemplo, para avanzar hacia un mundo sin Iglesias, para promover prácticas de libertad, y para intentar dismantelar las relaciones de dominación. Se podrá discutir, cómo no, la pertinencia de esas finalidades, se podrá discrepar sobre si son, o no, buenas razones, pero no se pueden *descalificar* en base a que la única justificación sería consistiría en incrementar el conocimiento, porque ese es tan sólo un efecto de la investigación, y no la razón para investigar.

Frente a una determinada investigación, el juicio que se suele formular es del tipo siguiente: “Muy bien, usted ha mejorado nuestra comprensión de las representaciones sociales, o de los procesos de construcción discursiva del racismo y, por tanto, su investigación cumple las condiciones necesarias para recibir el imprimátur de la validez académica.” Proceder de esta forma es poner en primer plano lo que es

accesorio y olvidar por completo lo principal. Porque, quizás deberíamos preguntarnos, también, si mejorar la teoría de las representaciones sociales, o si enriquecer la aproximación construccionista es la manera adecuada para satisfacer la respuesta al “¿para qué conocer?” tal y como la hayamos podido formular. Y esto adquiere una importancia aún mayor si, como lo creo, aunque no lo voy a desarrollar aquí, los conocimientos que elaboramos no son indiferentes a los fines que presiden a su elaboración. Hasta ahora se concedía, desde la Academia, que los instrumentos, o los procedimientos utilizados para construir un conocimiento podían eventualmente dejar huella en esos conocimientos, lo que aquí estamos sugiriendo es sencillamente que conviene dar un paso más, que *también las finalidades* dejan huella en los conocimientos.

Pero, ¿qué es lo que se pretende conocer desde la Psicología Social?, ¿“qué conocer”?, pues, “*la realidad psicosocial*”, claro, los fenómenos psicosociales tal y como existen, tanto si los conocemos como si no. Nos preocupamos por conocer las representaciones sociales porque ahí están, nos interesamos en investigar los repertorios argumentativos porque están ahí. Bien es cierto que la Psicología Social tiene sobre otras disciplinas la gran ventaja de que no nos empuja a asumir presupuestos ontológicos muy fuertes. Investigar la realidad tal y como es, es perfectamente compatible con el reconocimiento de su historicidad. Puede, por ejemplo, que las representaciones sociales sean un tipo de fenómeno propio de una determinada época y de cierto tipo de sociedad, no hay porqué esencializarlas y universalizarlas, no hay porqué comprometernos, por tanto, con arriesgadas apuestas ontológicas. Pero en la época y en la sociedad donde nos toca elaborar conocimientos psicosociales, ahí están las representaciones sociales y por eso las estudiamos.

Compromiso ontológico “light”, pero que aún se revela demasiado “heavy” para el relativismo ontológico. Porque esto significa que las representaciones sociales, o cualquier otro “objeto de estudio de la Psicología Social” —pero, para el caso, voy a seguir hablando de representaciones sociales—, que las representaciones sociales existen antes de que se formule cualquier teoría sobre ellas, existen con independencia de nuestros esquemas conceptuales, existen con

independencia de nuestro conocimiento de las mismas. Quizás, aunque si esto fuese así nunca podríamos saberlo, pero esto es intrascendente, lo que importa es que si se afirma que esto es efectivamente así, entonces se está promoviendo, implícitamente, *una concepción objetivista* de la realidad, una concepción según la cual las cosas existen con independencia del entramado de relaciones en el que se encuentran prendidas, y que las hacen ser en la forma que son.

El Relativismo ontológico nunca ha dicho, a no ser como mera provocación, lo que se pretende que dice, a saber: “*que la realidad no existe*”, lo que afirma es simplemente que su existencia es de tipo *relacional*. Los objetos, las cosas, no son con independencia del conjunto de relaciones que los constituyen como tales objetos o como tales cosas, no existen por debajo, o por encima o al lado, en definitiva, con independencia, de esas relaciones. Y, puesto que estamos hablando de objetos de conocimiento, resulta que nosotros, que nuestros conceptos, que nuestros esquemas, y que el resto de nuestros conocimientos, forman parte de lo que se encuentra en relación con esos objetos, y éstos no son independientes de esas relaciones. En la medida en que la Psicología Social es una ciencia de lo relacional, se entiende mal que no aplauda las formulaciones relativistas... Dicho muy rápidamente, las representaciones sociales no son independientes de las teorías que elaboramos sobre ellas. Esto significa que nuestras teorizaciones sobre las representaciones sociales son elementos que entran en su propia constitución, lo cual no significa que las representaciones sociales sean producidas por las teorías sobre las representaciones sociales. Ni el idealismo epistemológico, ni el idealismo lingüístico se pueden colegir a partir del Relativismo.

Si el “*qué*” del “*¿qué conocer?*” no se encuentra ahí esperando sencillamente que lo capturemos en las redes del conocimiento, si no es independiente de la relación del conocimiento que establecemos con él, entonces, es obvio que las representaciones sociales que surgen de la teorización de Moscovici incorporan necesariamente la huella de esa teorización. Puede ser más útil, puede ser más interesante, puede ser más heurístico recurrir a esa teorización para investigarlas, pero en ningún caso se puede saltar hasta la afirmación de que se corresponde mejor que otras teorizaciones con la auténtica realidad de

las representaciones sociales. Y, ¿qué significa lo que aquí estamos diciendo?, pues sencillamente, que la pregunta por el “¿*qué conocer?*” lleva incorporada la pregunta por el “¿*para qué conocer?*”, porque si con nuestro conocimiento construimos, aunque sea parcialmente, los objetos que estudiamos, entonces, podemos decidir qué objetos queremos construir en función de ¿*para qué* queremos conocer?

Una vez que hemos descartado la insostenible respuesta: “*tan sólo para conocerlas mejor*”, la pregunta “¿*para qué queremos conocer las representaciones sociales?*” queda planteada con toda su fuerza. Y, quizás debamos prestar alguna atención a la incidencia que pueda tener sobre las propias representaciones sociales el hecho de que algunos pretendan investigarlas con la única finalidad de incrementar nuestro conocimiento de las mismas.

Por fin, ¿*cómo conocer?*, es decir, como acceder a un conocimiento válido. Pregunta ciertamente importante desde la óptica del Relativismo, porque, contrariamente a lo que se dice que dice el Relativismo, éste no considera que todos los conocimientos sean equivalentes entre sí, sino que ciertos conocimientos son mejores que otros, y que se pueden elaborar criterios para optar entre conocimientos.

Ahora bien, lo que el Relativismo cuestiona es simplemente que esos criterios puedan expresarse en términos de mayor o menor grado de verdad, es decir, que ciertos conocimientos sean más verdaderos que otros, y que su grado de verdad resulte del grado en que describen, o explican, correctamente la realidad sobre la cual versan. Un conocimiento no es mejor que otro porque lo afirma acerca de la realidad, se corresponda mejor con las características de esa realidad. Para conseguir evaluar ese grado de correspondencia deberíamos poder acceder a la realidad preconceptualizada, a la realidad predescrita, a la realidad tal y como se presenta desde fuera de cualquier descripción, y esto resulta, sencillamente imposible.

La Verdad es un concepto ciertamente útil, imprescindible incluso, a tal punto que si quienes propugnamos el Relativismo no recurriésemos constantemente a la distinción entre “verdadero” y “falso”, no conseguiríamos sobrevivir ni un solo instante. Nadie, incluso quienes

defendemos posturas relativistas, cuestiona que la verdad tenga un enorme valor pragmático, pero desde el Relativismo se afirma que *en eso se agota precisamente todo su valor*. El hecho de que una determinada proposición sea útil, no significa nada más que eso, porque no existe *ningún puente lógico* que nos permita transitar desde la utilidad a la verdad.

Sin embargo, se nos dice que si el relativista admite que en su vida cotidiana no puede prescindir de la verdad, entonces no se diferencia de quienes usan la distinción verdadero-falso para calibrar la validez de un conocimiento. Pero, se olvida que sí existe una diferencia abismal entre decir, por una parte, que calificamos a un conocimiento como verdadero simplemente para significar que nos resulta útil, y decir, por otra parte, que lo calificamos como verdadero porque es verdadero, o porque se aproxima en mayor medida a la verdad. En el primer caso, en tanto que la utilidad es siempre relativa a unos fines, siempre se puede argumentar distintas valoraciones de esa utilidad, mientras que en el segundo caso, si algo es verdadero “*lo es*” y punto, la verdad no es negociable ni cambiante, “*es o no es*”, entonces, sólo cabe su aceptación y nuestra sumisión ante ella. Sólo quienes creen en la existencia de la verdad pueden articular una inquisición para salvar, contra su propia voluntad, si es preciso, a quienes no alcanzan a ver el esplendor de la verdad. Y, claro, esto nos devuelve directamente a la cuestión de las Iglesias.

Que no se nos diga nunca más que es la voluntad de alcanzar la verdad la que impulsa la desinteresada labor de la ciencia, que no se nos vuelva a repetir que debemos aceptar un conocimiento porque éste es verdadero, o más verdadero que otro, y, mucho menos aún, que no se siga insistiendo sobre la afirmación según la cual lo que garantiza la validez de un conocimiento es el procedimiento utilizado para su construcción, porque preguntaremos entonces, “*¿su validez para qué?*” Y no aceptaremos la circularidad de una respuesta que plantee la validez como mera adecuación a determinados procedimientos de producción de conocimientos. Podemos convenir perfectamente, ¿por qué no?, en la utilidad de seguir determinados procedimientos, pero no es ésta la validez por la que estamos preguntando.

Ya que he aludido varias veces a la teoría de las representaciones sociales y al construccionismo social, me van a permitir abrir un breve paréntesis para aclarar mi postura sobre estas dos corrientes. Se trata, como bien sabemos, de dos invenciones teóricas que movieron felizmente las cosas en el ámbito de la Psicología Social, y que suscitaron en su momento mi simpatía activa, es decir, un esfuerzo, no para enriquecerlas —mi aportación fue estrictamente nula en ambos casos—, pero sí para divulgarla. Bien es cierto que puse mayor énfasis en el construccionismo social, y esto no es casual. Porque el construccionismo social recoge mejor que la teoría de las representaciones sociales los grandes movimientos del pensamiento crítico contemporáneo, y encierra mayores posibilidades en función de mi peculiar respuesta al “¿para qué?” conocer. Para decirlo muy rápidamente, las reconstrucciones de las discursividades me parecen más propicias que el estudio de las representaciones sociales para avanzar hacia un mundo sin Iglesias.

Para concluir, dejo sobre la mesa la invitación al deseo de un mundo sin Iglesias con la esperanza que esta invitación encuentre eco en alguna sensibilidad afín. Aunque ignoro como podría ser un mundo sin iglesias, de una cosa sí estoy plenamente convencido, y es que nunca se podrá construir ese mundo más que desde fuera de la forma Iglesia, es decir, sin engendrar nuevas Iglesias en el proceso mismo de luchar contra ellas. La Psicología Social que anhelo es una Psicología Social que nos ayude a avanzar en esa dirección, y, claro, a partir del instante en que determinadas orientaciones, llámense teoría de las representaciones sociales, o construccionismo social, pudiera comenzar a adoptar la forma Iglesia, se tornarían urgente abandonarlas, y trabajar con otros planteamientos. Pero, ¿acaso hay razones para pensar que esas corrientes teóricas empiezan a tomar la forma Iglesia? Formulo la pregunta, pero dejo que sea el viento quien susurre la respuesta.